



CUARESMA

PADRE FUNDADOR VENERABLE JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

27-II-1979

RETRO SANTA CUARESMA

Primer Acto.

CONVERSIÓN

Amadísimos Hijos míos en Cristo Sumo y Eterno Sacerdote.

Miércoles de Ceniza, comenzamos la santa Cuaresma, y creo que, a vosotros, como a mí, nos impresiona este tiempo. Vamos a conmemorar los misterios más grandes, que más nos abisman en la grandeza del plan de Dios, acerca de nuestra salvación. Los misterios de la Redención que llevó a cabo nuestro Señor con su pasión y su muerte, dejándonos como permanencia real con nosotros la Eucaristía y el Sacerdocio, que se puede renovar constantemente, hasta el fin de los tiempos.

Son tan importantes estos días que a la Santa Iglesia le pareció oportuno, preceder inmediatamente a esta santa semana, preceder unos días y que habían de ser cuarenta días, la Cuaresma, la famosa cuarentena, santificada en el Antiguo y Nuevo testamento. Porque el mismo Cristo la cumplió, ya que hizo cuarenta días de oración y penitencia antes de comenzar su vida pública.

La Cuaresma ya está santificada. Moisés dedicó a estar con el Señor en lo alto del monte Sinaí, hablando con Él cara a cara, cuarenta días. Era el amigo de Dios. Y estuvo cuarenta días y cuarenta noches sin comer, ni beber. Elías también cumplió su cuarentena andando por las dunas del desierto, durante cuarenta días y cuarenta noches sin comer, ni beber.

Y Jesucristo, santificando eso mismo, allá en el desierto de Jericó, desierto de Judea, pasó otros cuarenta días ayunando y orando.

El pueblo de Israel tardó en su recorrido hacia la tierra prometida -un viaje que pudo hacerse en poco tiempo, aun con aquellas dificultades de entonces-, tardó cuarenta años en llegar, porque el Señor así lo quiso. Fueron cuarenta años de preparación para la entrada en la Tierra Prometida.

O sea, la Cuaresma tiene muchos símbolos, que se ven en el caso de Moisés, de Elías, el caso de Jesucristo, el caso del pueblo de Israel, tiene muchos símbolos.

Cuaresma significa camino; los israelitas cuarenta años caminando hacia la tierra prometida. Nosotros también, **camino del cielo.** La Cuaresma significa **soledad.** No hay nada, es el desierto del profeta Elías, el desierto de Judea, donde el Señor pasó cuarenta días.

La Cuaresma, también significa el **encuentro con Dios.** Por eso, Hijos míos, dentro de las ocupaciones que no podemos, ni debemos dejar de cumplir en nuestra vida normal, hemos de acentuar un poco más el recogimiento para que nuestro encuentro con Dios sea más fácil y sea más continuo.

La Cuaresma, también significa **desprendimiento.** Moisés se desprendió de todo, subió al monte Sinaí para hablar con Dios. Se desprendió de todo, hasta del pueblo. El pueblo abajo no podía, ni debía subir al monte, sólo él. Desprendimiento de todo.

La Cuaresma tiene otra característica especial: **la oración**. Moisés subió a hablar con Dios, que eso es orar. Elías anduvo cuarenta días y noches por el desierto, huyendo de quienes le perseguían a muerte, porque quería estar con Dios solo. A Cristo, el desierto le convidaba a estar a solas con su Padre. Lo hará después durante su vida mortal con muchísima frecuencia, lo dice el Evangelio: *“Era constante en la oración”*. Pero el desierto fue una continua oración. Se iba a preparar la gran obra de la redención.

El desierto significa también otra cosa: **conversión**.

La palabra conversión, de la cual tantas veces yo os hablo, que es mi auténtica obsesión, no es más que la palabra que explica todo el porqué de nuestra vida. Éramos hijos de ira, del pecado, hombres viejos, por los vicios y pecados, y vamos camino de la nueva criatura en Cristo nuestro Señor. Y eso se verifica por medio de la conversión.

Entonces, mi examen diario, mi arrepentimiento diario, mi confesión sacramental, mi dolor por las faltas e imperfecciones, todo es un camino de conversión. Los ejercicios espirituales cada año, las penitencias, todo, todo. Los sacramentos que recibimos, no solamente la confesión, que ya es sacramento que va especialmente a purificar nuestra conciencia; la misma comunión, nos van cada vez más convirtiéndonos en Él.

Y la suma, el monte altísimo de nuestra unión con Dios por el amor, que es llegar ya a la meta de nuestra razón de ser aquí en la tierra, es precisamente efecto de una conversión. Una conversión diaria que va poco a poco haciendo nuestra vida semejante a la de Él. Y cuando estemos bastante purificados, o aquí en la tierra, o en el purgatorio, cuando se haya cumplido el plan de Dios sobre nuestra alma -hay que llegar así al cielo-; entonces cuando ya seamos semejantes a Él, según los grados que el Señor ha determinado para nuestra alma, entonces ya, le veremos tal cual es, porque seremos entonces ya plenamente semejantes a Él.

Entonces el ser semejantes a Él cada día, es fruto de una **conversión progresiva**, sincera, sin alharacas, en silencio, poquito a poco. Y la Cuaresma nos acentúa esta conversión, porque el ambiente litúrgico nos va diciendo que estamos aquí para ser como Él. Y como no lo somos, Él nos dará la gracia, pero nosotros debemos cooperar con esfuerzo heroico en la labor de purificarnos y de transformarnos: conversión.

La ceniza nos recordará muchas cosas. Pero una que se nos dirá en el rito de imposición de la ceniza en nuestras cabezas, símbolo de nuestra nada, de nuestro polvo, de la tierra que somos, es: *“Convertíos”*.

Hijos míos, hay un responsorio que en mis tiempos cantábamos en el seminario, y que me ha hecho impresión toda la vida -y al decir toda la vida, desde los 16 años, que yo tomaba parte consciente allá en la Semana Santa del seminario-, hasta ahora, siempre me ha impresionado. Es el responsorio que está tomado del profeta Baruc: *“Corrijamos aquello que por ignorancia hemos cometido. No sea que, sorprendidos por el día de la muerte, busquemos sin poder encontrarlo el tiempo de hacer penitencia”*. Cada uno siente según su espíritu, pero ese responsorio que en latín es: *“Emendemus in melius”*, hemos de enmendarnos; cada vez más, vamos a corregirnos, vamos a convertirnos. Y todos los años siento la necesidad de meditar en ello, y en esta ocasión con mucho placer y satisfacción, de hablar de ello.

Ese responsorio lo podemos dividir en tres partes. Primero: las primeras líneas del responsorio las vamos a aplicar a la palabra “conversión”. Corrijamos aquello que por ignorancia hemos cometido. A enmendarnos, a convertirnos, a hacernos mejores cada día, cada momento, en cada circunstancia: conversión.

Y el convertirnos no es que hay que hacerlo muchas veces, hay que hacerlo ¡siempre! No muchas veces, siempre. Porque en este momento mismo el enemigo está procurando, y nosotros estamos sin darnos cuenta, por una especie de instinto espiritual, estamos reaccionando. La gracia de Dios está actuando, constantemente, y siempre en plan de convertirnos, de hacernos mejores, de dar pasos hacia adelante. A veces los damos hacia atrás, y entonces hay que renovar el esfuerzo, y hay que compensar la pérdida. Hay que dar al Señor la satisfacción de una reparación, de forma que puede ser inclusive -así es de bueno el Señor-, sacar más provecho de esa vuelta atrás. La experiencia, el dolor, la práctica de virtudes, de humildad... que no hubiéramos hecho si no hubiéramos vuelto atrás. Pero siempre convencidos de que debemos estar siempre convirtiéndonos.

Pero hay una frase en el responsorio muy interesante: *“No sea que sorprendidos por el día de la muerte...”*. Cuando hemos tenido ocasión de conversar con personas que han muerto al poco tiempo de hablar con ellas, nos deja la impresión para toda la vida. Yo no puedo olvidar a mi santa madre, que murió santamente, que ella no tenía problema alguno, porque faltaba un día escaso para morir y estaba en la paz. Pero el Señor permitió la noche anterior a la última, que tuviera grandes pruebas de dolor, pero ella reaccionaba con una fe grandísima y dijo esta frase que jamás la puedo olvidar: “No sé cómo hay quien deja las cosas para esta última hora”. Esa frase de ella ¿era un gesto de que tenía cosas...? No. Porque cuando se habló de la extremaunción, espontáneamente dijo: “Hijo mío, quiero confesarme contigo”. Fue la última confesión de su vida, no sé si llegó a dos minutos lo que tardó en hacerla conmigo. No había problema. Pero, sin embargo, tenía tales angustias de cuerpo, por la enfermedad, que me dijo: “He pedido a la Virgen tener una muerte dulce y suave”. Y le dije yo: “Madre se lo concederá”. Y así murió.

Sin embargo, ¿qué vería ella, pensando en otros que dejan todo para última hora? A última hora los problemas, a última hora los asuntos... ¡ay! Ella se veía ya en la última hora, pero con paz, pero con angustia, decía: “No sé cómo hay quien deja las cosas para esta hora, para última hora”.

Entonces, el responsorio de mañana, ya plantea este problema: *“No sea que sorprendidos por el día de la muerte...”*, que nos venga la muerte, cuando menos pensemos.

Cuando a mí me dijeron, al poco tiempo de darme el Señor el “regalo” con que me ha satisfecho plenamente al final de mi vida, me dijeron: “Mire Vd., esto fue muy grave. Pudo Vd. haber muerto...”. “No sea cosa que sorprendido...” -yo me hubiera sorprendido-, porque en lo que menos pensé yo fue en la muerte.

Hijos míos, entonces ahora, sin preocupación de ningún género... sin agobio del tema.... no, no. Eso es lo más consolador. Señor, no tardes. Y eso que somos lo más dichosos, y yo comprendo que soy de los más agradados. No habrá en la vida, otro como yo, tan atendido, tan consolado... todo lo que acompaña esta vida, menos estar solo, menos estar sin atención... No. Eso no sé a qué sabe, porque yo no lo tengo. Demos gracias al Señor. Pero ahí está la frase del profeta Baruc: *“No sea que venga ese momento y nosotros nos veamos sorprendidos por el día de la muerte”*. Y entonces, es lo que dice el profeta: *“Busquemos, sin poder encontrarlo, el tiempo de hacer penitencia”*.

Nosotros, nada de eso, gracias a Dios. Nosotros tendremos que cantar: *“Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor”*. Pero ¿por qué? Porque no hemos tenido olvidados estos temas: el tema de la conversión, el tema de la penitencia, el tema de la hora en que puede venir, ¿la muerte?, en que puede venir el Señor con los brazos abiertos, a recibirnos porque ya nos ha preparado amorosamente el lugar feliz y eterno allá en la gloria.

Entonces, sintetizando podíamos decir que el programa muy bonito para una Cuaresma santa, santificadora y santificada por nosotros, el programa hermosísimo pudiera tener estas tres palabras: la palabra conversión, la palabra muerte, y la palabra penitencia.

La palabra **conversión**. Ya conocemos su trascendencia y su valor, que no se trata de un acto solemne, un acto público más o menos llamativo o conocido. No. La conversión es que el alma humilde, el alma sencilla, con los ojos del espíritu puestos en Dios, puestos en el Señor, que tanto nos ama, tanto nos quiere, que tanto y tanto está dispuesto a ayudarnos para que le demos lo que espera de nosotros. Ir convirtiéndonos, ir despojándonos del hombre viejo y tomando forma de nueva criatura: la conversión.

La palabra **muerte**. No para meditar constantemente en ella, no es eso, es para estar advertidos. O sea, que no nos sorprenda. Que yo me puedo morir. Recuerdo que tuve un maestro, cuando era niño, en el seminario, que me dijo una vez: “Yo pienso cada día en esta frase: de aquí a 15 días, me muero”. Y dijo: “Y algún día habré acertado”. Eso me hizo pensar y eso me hace pensar. “Algún día habré acertado”.

La muerte es una realidad. Pero, pensemos la parte positiva: que nos va a liberar, que nos va a asegurar el triunfo, que nos va a dar el descanso eterno, que vamos a estar ya siempre con el Señor. Todo esto es positivo. O sea que la muerte entonces va ser la *“deseada de todas las gentes”*. Teresa de Jesús, decía: “Ven muerte, ven ya... pero escondida, no sea que la alegría de que me muero, me dé energías para seguir viviendo... Ven, muerte, pero escondida... que no te sienta venir”.

Y último, tercer punto: **penitencia**. Buscar tiempo de penitencia. Penitencia ¿en qué sentido? *“Un corazón contrito y humillado”*, que decimos en el Miserere. Un corazón que, con paz, con tranquilidad interior, va enjugando las lágrimas de su dolor, las lágrimas de su amor. Amor que llora porque no siempre ha amado. Amor que me está purificando con lágrimas de dolor. Dolor, que, porque va acrecentándose con las lágrimas del amor, va lanzando al alma a un porvenir mucho más seguro y de mucho más amor, y por lo tanto de más dolor. Cuanto más se ama más se sufre. Y cuando hay más capacidad de sufrir es porque hay más capacidad de amar.

Entonces, nuestra Cuaresma será acentuar estos tres puntos que han de ser en toda la vida nuestro constante afán. Una conversión que vamos a empezar de una manera directa, con ímpetu de generosidad absoluta. La muerte, porque sabemos que esto se acaba ¡gracias a Dios! Y entonces el tiempo que tenemos, y hasta que llegue esa muerte que es el final del tiempo, vamos a aprovecharlo en penitencia, no tanto exterior, la que se ofrezca, la que nos presenten nuestras obligaciones, pero sobre todo un corazón contrito y humillado, que es la penitencia que el Señor siempre reclama: *“No rasguéis vuestras vestiduras, rasgad vuestro corazón”*. con esa penitencia de dolor, de contrición perfectísima, porque está siempre alimentándose del amor.

Y al final de la vida, como me preguntó la primera Hermana Oblata que murió, Hna. Pilar Barcala, ya enferma gravísima, me dijo: “Padre ¿me dirá también el Señor, hoy estarás conmigo en el paraíso”. “Sí, Hija mía, sí, te lo dirá el Señor”. ¡Qué hermoso!

Una Cuaresma aquí en la tierra, cara a cara con Dios, sin verle, para después verle cara a cara en el Cielo. Que así sea, Hijos míos, confiamos que será, como pido todos los días: que las almas oblatas de Cristo Sacerdote, y yo con ellas, y ellas conmigo, obtengamos la gracia de la perseverancia final, aunque nunca lo merecemos. Pero el Señor se complacerá en concedérselo a todos, y a cada uno de nosotros. Y se cumplirá: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*.

Segundo Acto.

PURIFICACIÓN - TRANSFORMACIÓN

Amadísimos, Hijos, míos, en Cristo Sumo y Eterno Sacerdote.

He aquí otra palabra que para mí es otra obsesión espiritual: la **purificación**. Viene a ser una aplicación ya directa de la palabra conversión, la palabra digo, obsesiva porque el afán que debemos tener, y que es una obsesión mía, es cada día ser más como Él, y como lo que estorba es el pecado, la purificación, que es el quitar de nosotros no solo las manchas del pecado, sino la mancha de los defectos, de las imperfecciones, de todo aquello que hay que confesar que hasta el final de la vida nos hace imperfectos.

Pero aún de eso mismo hemos de sacar provecho de práctica de virtudes, gracias a la imperfección, si esta la recibimos con humildad, con paciencia de nosotros mismos, con sencillez, pidiendo perdón al Señor, que tanto y tanto ama al alma. Y esto puede ser un paso adelante muy consolador y muy de avanzadilla, que nos viene muy bien. *¡O felix culpa!* Podemos decir ante nuestros defectos que queremos evitar, que lloramos y lamentamos, pero que pacientemente los soportamos. Porque lo otro puede ser amor propio, que es el peor defecto.

Pero, esta palabra, purificación, que es consecuencia de una conversión, que tiene la parte negativa, hay que convertirse porque no somos lo debidamente puros en la presencia de Dios, y hay que purificarnos para ser cada vez más limpios ante sus ojos divinos. Purificación, pero esta palabra no lo dice todo, yo puedo ir purificando lo pasado, pero lo que interesa es la labor de conversión, llegar a través de un camino de conversión que nos lleve a la “**transformación**”.

¡Qué hermosa Cuaresma! ¡Qué final más encantador de resurrección! Cuando el alma pasando por cuanto quiera el Señor que pase, en esa lucha en que el alma se ve metida, consigue con la gracia de Dios y su esfuerzo generoso, a través de noches muy profundas, y de tinieblas muy grandes en el espíritu, consigue purificarse, y consigue transformarse. Es la parte negativa, y la parte positiva.

La parte negativa es ir negando, es ir purificando lo que yo tengo en mí que no es compatible con lo que debe ser, para ser lo que tengo que ser, conforme a Él. Ser semejante a Él.

Y la parte positiva, cuando el alma va purificándose, cuando el alma va limpiándose, cuando el alma va quedando más pura ante los ojos del Señor, más fácilmente se va transformando. Viene a ser una cosa, diríamos como simultánea. Pero cuanto menos hay que purificar, porque el alma va estando más limpia, más fácil es la transformación, y entonces Dios enviste al alma, la quiere muy solo para sí, y es cuando hace de ella la maravilla de las maravillas. Son las almas santas, es la santidad en plenitud, es ya el alma transformada, es la unión con Dios por el amor.

De manera que la conversión a través de una purificación, y llevada adelante con la gracia de Dios, a la cual nosotros no solamente no ponemos obstáculo, sino que con ella laboramos generosamente, llevamos a cabo la transformación, para conseguir la meta final, que es **la unión con Dios por el amor**.

Pero tenemos que tener en cuenta que si vamos camino de la unión con Dios por el amor, ese amor es el que purifica, y ese amor es el que transforma. De manera que entonces el concepto de conversión, el concepto de penitencia, tienen un denominador común: **el amor**.

Yo no podré jamás llevar adelante esta conversión si no amo, ni tendré interés ninguno si no amo, no podré llevar adelante una obra que me cueste. Ni podré tampoco cooperar con la gracia de Dios que me da abundantemente para ayudarme, si no amo. O sea, si yo no amo, no tengo en mí fuerzas para convertirme.

Podéis decir: es que la conversión es anterior al amor... Bueno, anterior y posterior, simultáneamente. Yo me convierto al Señor porque amo al Señor, y cuanto más amo al Señor más quiero ser como Él. Y cuanto más quiero ser como Él más me voy convirtiendo. Y cuanto más me voy convirtiendo, yo mismo tengo la necesidad de convertirme mucho más a fondo. Pero todo a base de que le amo. Porque le amo voy purificando ese amor. Porque le amo, me voy transformando. El amor nos purifica y nos transforma. Transformación, que es el proceso de la conversión constante, progresiva, durante toda la vida, y que se acentúa en Cuaresma.

Cuando el alma va adelantando en el camino de la santidad, ella misma va necesitando, es una necesidad interior, participar del Cristo doloroso, del Cristo paciente, del Cristo humillado, del Cristo flagelado, del Cristo Crucificado.

No tendrá el alma visibles los estigmas de la pasión, como san Francisco de Asís. No es eso, es sentirlo en el interior del alma, y aunque por dentro vaya todo ese misterio, por fuera no debe aparecer nada. Tenemos que envolverlo en la sencillez, en un camino de verdaderamente pura fe, sin deseo ninguno de cosas extraordinarias, sin deseo ninguno de cosa llamativa. No, no hay que ser nunca jamás en la santidad figuras de escaparate. Es mejor ser uno de tantos, como fue Él en Nazaret, como fue Ella, su Madre y madre nuestra en toda la vida. Como fue el gran santo José, del cual no hay ni un recuerdo, del cual nada se escribió, y del que nadie conoce su sepulcro. ¡Maravilloso! Sin embargo, nadie ha sido tan dichoso como él.

Pues una virtud así, pero por dentro, Hijos míos, no hay más remedio, hay que ir lentamente paso a paso, desde el fuego del amor que debemos fomentar en una vida en plan de Cenáculo. Con la impresión de la soledad más absoluta... y al final el gran misterio que todavía la teología no ha descifrado: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”* ...

Entonces el alma puede templarse en el Cenáculo, pero sepa que tiene que pasar por Getsemaní: dolores, angustias..., cuanto más amor, más dolor. El Señor sufrió tanto en Getsemaní, porque iba a dar la gran prueba de amor, precisamente porque amaba, y la iba a dar con la mayor prueba de amor: dar su vida.

Pasar por Getsemaní. Y después lo que Dios quiera, pero el alma va sintiéndose con deseo de convertirse, con deseo de purificarse, para dar al Señor el gozo inmenso de contemplarnos con alegría, sabiendo que cuenta siempre con nosotros.

Y cuando el Señor vea que nuestra alma quiere llegar a lo más alto de esa unión con Él, el Señor se encargará de lo que sea... Serán circunstancias, serán acontecimientos, serán penas interiores, serán oscuridades, serán estados que no se sabrá definir, será la purificación que va haciendo el Señor en esa alma aquí en la tierra, antes de ir a la otra vida, para no tener que hacerlo en el purgatorio, y entonces gozarse el Señor de poder ver en esa alma, un alma transformada.

Conversión, purificación, transformación, con tal de llegar a la unión con Dios por el amor. El amor que me estimula a mí a convertirme constantemente, el amor que me estimula a mí a trabajar por mi transformación y purificación, que ese mismo amor va realizando.

Hijos míos, la manera más bonita y hermosa de evitar el purgatorio, es dejarnos purificar por el fuego de ese amor, del cual el alma llega a ser auténticamente víctima, pero de ese amor, del cual el alma es una auténtica mártir.

Y entonces el Señor va haciendo con ese amor que va dando al alma, que va crucificando al alma, que va haciéndola sufrir precisamente porque ama, la va cauterizando y deshaciendo, como el madero que está metido en el fuego. Hay que convertirse antes en llama de amor, porque es a base de amor, cuando Dios va envistiendo de esta forma al alma y la va cauterizando con ese amor, la va transformando hasta llegar a la unión con Dios por el amor. El amor de Dios purifica al alma, pero además transforma a esa alma y la une con Él.

Ciertamente una Cuaresma así vivida, que desemboca en una Semana Santa, que ya el nombre dice lo que es -Semana Santa-, santa porque son santos los misterios que conmemoramos, y el alma que vive así, aunque sea en pura fe, sin sentir nada -si Dios así lo permite-, pero el alma que viva estos misterios, verdaderamente es un alma que puede salir de la santa Cuaresma y de la Semana Santa, con la alegría de experimentar ese amor de Dios.

La figura, Hijos míos, de un Cristo en Getsemaní, de un Ecce Homo, es la figura que más nos debe arrebatarnos, cuando estamos viviendo esos misterios en nuestra alma. Pero no olvidemos que estos misterios no son los definitivos. Los finales son, al fin y al cabo, la cruz. Y sin olvidar que en la cruz hay palabras de purificación: *“Padre, perdónalos”*. Que en la cruz hay palabras de transformación: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*. Que en la cruz hay palabras de consuelo, de aliento: *“Mujer, ahí tienes a tu hijo”*, *“Ahí tienes a tu Madre”*.

Y ¡adelante! a sentir ya los golpes duros del vacío: *“Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado”*. A sentir el golpe duro del dolor de aflicción de agonizante: *“Tengo sed”*... Y a sentir también el descanso de quien puede decir a pleno pulmón: *“Todo está cumplido”*... *“Consummatum est”*.

Hijos míos, esto no es poesía, esto es marcar un camino que toda alma que aspira en serio a la santidad tiene que recorrer. No hay santidad fuera de este camino. Y el camino que nos lleva a la santidad es un camino de conversión durante toda nuestra vida, a base de penitencia, a base de corazón contrito y humillado, a base de amor, que purifica y transforma.

He aquí la gran obra de la conversión, he aquí la razón de por qué Cristo murió en la cruz. Ciertamente, por librarnos del pecado, por obtener el perdón del Padre, el poder ser de nuevo hijos de Dios; sí, todo eso es verdad, todo eso es dogma de fe, pero en el fondo son pruebas de cariño, bondadoso y tierno, de amor de verdad.

Hijos míos, preparémonos, son frases de la Escritura: *“Prepárese para la prueba el alma que se decide a ser de Dios”*. ¿Es terrible esto? No, es agradable. ¿Merece la pena vivirlo plenamente? Sí, merece la pena... Prueba y te convencerás, decimos en castellano.

Nosotros estamos convencidos, pero, que el Señor vea en nosotros una generosidad decidida a todo. Señor, con tal de ser como Tú... con tal de ser semejantes a Ti, diríamos con san Agustín: “Señor, quema aquí, corta aquí, para que me perdones eternamente allí”.

Hijos míos, a ser santos de verdad. Vamos a tomarlo en serio, tomarlo de verdad, y tomarlo de una vez para siempre.

Ser santos, ser muy santos. Ser santos, porque con menos no cumplimos. Ser pronto santos, porque la vida por mucho que se alargue, es corta, y pronto desaparece. Ser grandes santos, porque la santidad tiene que estar a la altura de la dignidad a la que el Señor eleva a un alma que la llama, como os ha llamado a vosotros: ser almas de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, almas oblatas por Él, con Él y en Él; es tal delicadeza este amor, esta predilección, esta vocación-misión, es tan alta que no cumplís con menos de ser santos, muy santos.

Entremos con generosidad en la santa Cuaresma, para gozar con el aleluya, desbordante de gozo, el Domingo de Resurrección. Y aunque el tiempo litúrgico pase, nosotros sigamos la obra de cada día: conversión, purificación, transformación, hasta la unión con Dios por el amor.